





# LOS CUERPOS Y LAS SOMBRAS



EDUARDO SGUIGLIA

LOS CUERPOS Y LAS SOMBRAS



Sguiglia, Eduardo  
Los cuerpos y las sombras - 1a ed.  
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires:  
Edhasa, 2014.  
240 p.; 22x14 cm.

ISBN 978-987-628-292-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela.  
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: marzo de 2014

© Eduardo Sguiglia, 2014  
© de la presente edición: Edhasa, 2014

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) 43 933 432  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-987-628-292-5

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcangel Maggio - División Libros

Impreso en Argentina

*Ni la materia, ni el espacio, ni el tiempo son lo que han venido  
siendo desde siempre.*

Paul Valéry

*Todas las leyendas, toda la mitología  
y todos los mitos esperan su resurrección luminosa, y se apelotonan,  
para entrar, ante nuestras puertas.*

Abel Gance





Para Jutta y mis hijos Nicolás, Fabián y Sebastián

A Claudia Lenze, *in memoriam*



*Sabía que mi suerte tarde o temprano iba a cambiar. Les aseguro que lo vi venir. Lo percibí en el aire. En mi humor. Dos o tres veces tuve esa sensación. Tres veces. La última vez estaba en el patio, solo, fumando. Entonces sentí que una época llegaba a su fin. Aunque nunca supuse que todo ocurriría de repente, de un momento para otro. De un verdadero plumazo. Tendría que haberlo previsto. Tendría que haber reaccionado. No lo hice. Saber cuándo la suerte va a cambiar te salva. Así es. Había leído esa verdad en un cuento maravilloso mucho tiempo atrás. Ahora es tarde. Muy tarde, quizá. No supe anticiparme. Me fallaron los reflejos. Y la intuición. Sí, la intuición también. Algunas veces se me antoja pensar que el hombre, por alguna razón misteriosa, permanece en sitios o en juegos donde no lo necesitan. Donde no hay lugar ni suerte para él... ¡Qué imbécil!... La buena racha había comenzado en el África, se había prolongado en México y luego en la vuelta a la Argentina. En especial en Argentina, en este lugar, rodeado de campos serenos y hermosos. De un mundo azul y verde. Un mundo que se destruyó rápido. Como un castillo de naipes. Ese tipo, el que enfrenté, traía la destrucción en los ojos. No era la primera vez que tenía unos ojos como esos delante de mí. Recuerdo otros parecidos. En el Congo. No, en el norte de Angola. Pero me arriesgué. Así he sido siempre. Aunque en esta oportunidad me sentí un poco viejo. Me temblaron las manos. ¿Importa esto, ahora? No. No tiene ninguna importancia.*



# I

Bajo Las Chacras, Santa Fe, 25 de octubre, 22:15

¿La vida de cuántos compañeros presos o desaparecidos hubiera costado la de Videla? ¿De veinte? ¿De cien? ¿Doscientos? ¿Y la de Martínez de Hoz, Harguindeguy y del resto de los hijos de puta que viajaban en aquel momento en el avión? Aun así, ¿hubiese valido la pena? ¿Hubiera sido otra la Argentina? ¿Se hubiese desplomado la dictadura? No lo sé, hermano, hasta ahora no lo sé.

Miguel escucha los interrogantes de Ernesto, se aleja un paso de la parrilla y se da vuelta para mirarlo. Lo mira fijamente a los ojos. Ernesto permanece quieto, con un purito en la mano y la cabeza un poco inclinada. Está sentado en una silla de lona y tiene las piernas cruzadas. Del purito de Ernesto se eleva, enroscándose en su cara, un tenue hilo de humo. Miguel piensa por unos segundos que le cuesta revisar el pasado con los pies en el presente. El pasado nunca está muerto. No, ni siquiera es pasado. ¿Dónde leí eso? No. Tal vez no está muerto, dice para sí.

—¿En qué te quedaste pensando, Miguel? —le pregunta Ernesto.

—En todo.

—Qué historia, ¿no?

—No sabía que habías participado en la operación Gaviota.

—Casi nadie lo supo.

—¿Fue en enero del setenta y siete?

Ernesto se retrepa en la silla.

—No, en febrero, el 18 de febrero de 1977 —dice con su voz ronca y gastada.

Miguel se vuelve hacia la parrilla, pincha la carne con un tenedor, la examina de un lado y del otro, retira dos bifés y unos pancitos caseros que había puesto a calentar, los mete en una fuente de aluminio y camina hacia la mesa para servirlos.

—Esto ya está —dice.

Ernesto levanta el vaso para tomar otro trago de vino. La primera botella está casi vacía. Habían estado tomando y conversando mientras Miguel encendía el fuego y preparaba el asado. Una parrillada completa: chorizos, chinchulines, morcillas y dos grandes bifés de lomo rociados con vino tinto, como habían convenido en Rosario cuando se reencontraron después de algo más de treinta años sin verse.

Aquel mediodía Miguel había ido a la ciudad para comprar herramientas y otras chucherías para su pequeña chacra. En la fila que formó delante de la caja del supermercado Easy, Ernesto le palmeó el hombro. Miguel demoró en reconocerlo. Ernesto casi no tenía pelos en la cabeza, portaba un bigote tieso y canoso y unos cuantos rollos de más de los que solía lucir en los lejanos tiempos de la insurgencia. Ambos habían integrado el Ejército Revolucionario del Pueblo, el ERP o el errepé, brazo armado del Partido de los Trabajadores, como era aludido en los ámbitos políticos. El ERP, de vocación guevarista, había sido fundado en 1970 y junto con Montoneros, de filiación peronista, constituía el movimiento guerrillero más importante de aquellos años.

—¿Te acordás de mí, Francés? Soy Marcelo, de Córdoba, militábamos juntos en el barrio Ferreyra —le dijo Ernesto con una sonrisa blanda y expectante.

Miguel dio un paso atrás para examinarlo de arriba abajo. Luego lo abrazó.

—Claro que me acuerdo —respondió.

Permanecieron unos instantes en silencio, olfateándose uno al otro. Ernesto mantuvo la sonrisa. Su aspecto reflejaba una cierta dejadez.

—Yo a vos te saqué de entrada —dijo—. Porque estás igual: flaco, pintón, con la misma barba, blanca pero la misma, la pose de siempre, igualito, increíble, y yo que pensaba que habías perdido en Nicaragua.

Miguel frunció el ceño.

—¿Nicaragua? Nunca estuve en Nicaragua.

—Bueno, eso se decía.

—¿Dónde se decía? ¿En la cárcel?

—Yo no caí en cana —respondió Ernesto.

—¿No?

—No, hermano, ya te voy a contar.

Miguel y Ernesto se habían conocido en Córdoba y habían compartido varias acciones de agitación y propaganda. Ernesto, en verdad, se había integrado por unos meses al equipo que conducía Miguel, cuyo nombre de guerra, Francés, se lo habían puesto sus compañeros por haber cursado un profesorado en esa lengua. Miguel era por entonces, en palabras de la época, un cuadro de dirección. Su destreza militar y sus conocimientos de teoría política no eran extraordinarios. Pero en el ERP, y en las otras formaciones guerrilleras, no había ningún genio militar ni político, ni nada que se le pareciera. De otra forma, no hubieran dilapidado las simpatías populares que acumularon cuando, haciendo uso del derecho a la

resistencia, combatieron a la dictadura que precedió al tercer gobierno de Perón, continuado luego por su indolente esposa, ni hubieran cometido tantos errores, tácticos y estratégicos, en esos dos años y pico, plenos de tensiones y conflictos, que antecedieron a Videla. Aun así, los miembros del ERP eran valientes y determinados como toros, y Miguel, además de estas dos cualidades, reunía en su personalidad otras virtudes muy ponderadas en la organización: era discreto, callado y tenía sentido de disciplina. Pero la audacia era su don máspreciado. Una virtud que lo hacía apto para conspirar y para abordar cualquier situación, por más peligrosa que fuera.

Ernesto, bautizado Marcelo en las filas insurgentes, militó un tiempo en Córdoba y luego tuvo que volver a Rosario, su ciudad natal, donde muchos años más tarde se diplomó de ebanista y maestro carpintero. Ernesto, que a los ojos del partido tenía un punto oscuro en su pasado porque había sido simpatizante trotskista, aceptó moverse de Rosario a Córdoba para hacer méritos. En Córdoba, luego en Rosario y finalmente en Buenos Aires, demostró ser un buen compañero y un buen combatiente, sin embargo la dirección del partido siempre lo mantuvo en una posición subalterna.

Miguel, en cambio, continuó la lucha en Córdoba hasta que, a mediados del setenta y seis, después de fuertes discusiones políticas con el responsable regional, a quien consideraba falto de sentimientos e incluso de conciencia, y de seis años de adhesión incondicional, abandonó la organización y su ciudad para vivir en la clandestinidad en un campo de la provincia de Buenos Aires. Menos mal que te conocemos, le había respondido el responsable cuando Miguel, en una reunión, hizo una crítica a la estrategia que el partido estaba llevando contra la dictadura de Videla y que diezmaba, poco a poco, el pelotón a su cargo. Le parecía un disparate que



siguieran funcionando contra viento y marea, como si nada hubiera pasado en el país, sin tomar en cuenta que la gente ya no los acompañaba y que los golpes que recibían eran cada vez más duros y frecuentes. ¿Y si no me conocieran qué?, le replicó Miguel y continuó interpelando a su responsable antes de levantarse e irse para siempre: ¿Qué tendría que esperar si no me conocieran? ¿La horca, acaso? ¿El destierro? ¿A ver, decime, hijo de puta?, le dijo. Esa decisión le había costado horas de sueño y de angustia, y en los meses posteriores se sintió un desertor. Un quebrado. Pero le había permitido preservar la vida y esquivar una represión inédita y brutal.

Aquel mediodía de octubre, Miguel y Ernesto conversaron apenas un rato y se despidieron con la promesa, un tanto vaga y formal, de volver a juntarse para comer un asado en la chacra que Miguel alquilaba con su pareja a unos ochenta kilómetros al oeste de Rosario. Miguel, que había dudado mucho antes de soltar la invitación, aunque le dibujó un plano en la contratapa de un diario y le apuntó el número de su teléfono celular, recordó camino a la chacra que su relación con Ernesto no había terminado para nada bien y pensó que ese encuentro jamás se cumpliría. Ernesto, en los viejos tiempos, era un tipo rápido, hábil, por rachas haragán, a veces mentiroso, pero su manera de vestir, de peinarse y de hablar le causaban gracia. Tenía más insolencia y más humor que cualquiera de los otros militantes que conocía. Sin embargo, no había vacilado en sancionarlo con dos semanas de arresto cuando descubrió que, urgido de dinero, se había quedado con el aporte que había hecho un grupo de compañeros universitarios. Miguel, mientras manejaba por una ruta secundaria, recordó que Ernesto le había reprochado a los gritos su severidad y que el partido, por esta actitud, había resuelto poco después separarlo de su equipo

y regresarlo a Rosario, su regional de origen, para hacer militancia de base en una fábrica textil. A proletarizarse. Así lo llamaban. Miguel sonrió al volante de su auto. La distancia entre una y otra época le pareció infinita. Pero Ernesto, pese a sus pronósticos, lo llamó unos días más tarde. Miguel le propuso el asado cuando estuviera solo en la chacra. Lo fue a buscar al atardecer a una parada desierta, y ese miércoles, a eso de las diez de la noche, estaban uno frente al otro, bajo un cielo sin luz.

Miguel destapa la segunda botella y los dos comen sin levantar los ojos de los platos. Se entregan enteramente al asado y a las achuras como si fueran dos adolescentes hasta que Miguel, de repente, deposita con suavidad los cubiertos sobre la mesa y se lleva el índice a la boca. Se queda quieto, mirando hacia el terreno. Después se levanta sin hacer ningún ruido y va despacio, casi en puntas de pie, hacia el extremo en penumbras del patio. Le hace una seña con la mano a Ernesto. Cuando están juntos, habla en voz muy baja.

—¿Escuchaste ese ruido? —pregunta.

—No.

—¿No escuchaste nada?

—No, nada, ¿qué pasa?

—Anda un puma por la zona.

—¿Un puma? ¿Por acá?

—Sí, un macho grande. Hace días. Dejé unas trampas cerca de las tranqueras.

—¿Las hiciste vos?

—¿Yo? No, se las compré a un paisano.

—Qué raro que ande un puma con tanto alambre y cosecha.

Miguel hace un gesto hacia donde toda la tierra está sumida en la oscuridad.

—Quizá por esos motivos. Viene haciendo destrozos. Dejó huellas en esa dirección. En un vado.

—¿Y por qué razón se metería en tu chacra?

—Tengo un par de terneros en el corral.

Ernesto enciende un purito. Miguel ve brillar su cara entre sus manos y el movimiento de sus mejillas al chupar. Luego sigue con los ojos el vuelo del fósforo hacia el piso.

—¿Cuánto hace que venís por aquí?

Miguel señala el purito.

—Apagá el faso.

—¿Por?

—Si anda por ahí, mejor que no sepa dónde estamos parados.

Ernesto aplasta el purito bajo la suela, contra el piso.

—El faso me salvó la vida un par de veces —dice.

—¿Cómo fue eso?

—Una vez, por contarte una no más, estábamos reunidos en Rosario con tres o cuatro compañeros que habían venido de Villa Constitución. Era una reunión tensa y, de entrada, todos fumamos como búhos. Al rato, nos quedamos sin puchos. Yo, por entonces, fumaba negros sin filtro, eran otra cosa, tenían otro sabor, muy diferente a estos toscanitos de mierda. La cuestión que, como yo era el único que no estaba tabicado, me levanté y salí de la casa para comprar cigarrillos. Fui hasta el kiosco de la esquina, me demoré porque el tipo no tenía cambio y cuando volvía, vi llegar un coche y después otro que estacionaron al frente de la casa donde estábamos. Era la patota que salía a cazar con todos los fierros. Cinco se metieron adentro y otros cuatro se quedaron afuera. Uno de estos, un milico panzón, con una Uzi en las manos, me miró desde un costado del primer coche. Me quedé helado, haciéndome

el sota. Después seguí de largo y salí de raje para dar aviso al partido. Fue un desastre. Me salvaron los fasos, no la intuición. ¿A vos nunca te pasó algo así?

—No.

—¿Nunca intuiste el peligro?

—Sí, eso sí. Acá —dice Miguel llevando una mano al oído derecho—. Me da un zumbido extraño, tinnitus le dicen los médicos, aunque ya no le doy bola.

—Es como una señal.

—Sí, como una alarma.

—¿Y ahora? ¿Te zumba?

Miguel niega con la cabeza. Por un momento, ambos permanecen de pie, inmóviles, un poco inclinados hacia adelante, mirando hacia la negrura sin fin de la noche. Pero no se oye ni el más débil sonido. Miguel respira hondo el aire del campo.

—Aquí vengo algunas veces por año —dice después.

—Me dijiste que vivías en Buenos Aires pero que también estuviste en México ¿no?

—Sí, por poco tiempo.

—¿Y en Buenos Aires qué hacés?

—Por unos cuantos años manejé una librería. Literatura, arte y otros textos. Ahora no.

—Me imagino que disfrutaste ese trabajo.

—¿Por?

—A vos siempre te gustó la lectura.

Miguel dice sí con la cabeza. Por un instante se ve a sí mismo, en un día tranquilo de invierno, acomodado en un sillón, leyendo un clásico que había sacado del depósito. Aquello había sido importante para él.

Ernesto se vuelve hacia la casa que está a su espalda. Dos faroles arden en el patio y otros dos en la cocina. La casa, una estructura cuadrada de ladrillos vistos y techo de tejas, encla-